

Nieve

Silfredis Torres Correa

Image not found.

Capítulo 1

Siempre he querido conocer la nieve. En la televisión y el Internet se ve preciosa, con un color blanco angelical, parece tan suave e incluso dan ganas de probarla y comprobar si tienen sabor a helado. Se pueden hacer muñecos y figurillas inocentes, se le suele asociar con la navidad, el patinaje y el faltar a clases... aunque lo ultimo no me da envidia. Ser una niña implica querer hacer muchas cosas, pero yo solo quiero conocer la verdadera nieve, el lado oscuro que todos quieren ignorar.

“Si viviéramos en un país nevado podría usar bonitos guantes y coloridas bufandas”.

Si, pero no los usaría por estética, es porque a pesar de que quiero conocer la nieve me da mucho miedo hacerlo, como si fuese un pequeño gorrión temeroso de iniciar el primer vuelo, porque puede que se caiga y el dolor superara la expectación y las ganas. La nieve es fría, y en mi corta vida tengo entendido que lo frio se disfruta: mi padre se vuelve loco por una cerveza helada; el aire acondicionado nos alegra en los días calurosos; a mi hermano menor le encanta saborear las paletas que un anciano vende en el parque... todo tan frio y hermoso.

Quiero conocer la nieve, porque quiero palpar el intenso frio que dejará mi mano rojiza y acalambrada, quiero saber que se siente tocar el corazón de mi madre, porque el hielo quema, pero se ve árido, el vapor me advierte que no será una experiencia agradable.

Pero la nieve... tan linda, tan protectora, con un maquillaje delicado, una sonrisa permanente, amable y cortés con todo el mundo y, sin embargo, parece que mi hermano y yo no hiciésemos parte de ese término. Las manos rojizas, que me imagino tener al contacto con la nieve, son las que tiene mi madre cada día después de demostrarnos su frío corazón y recalarnos que las bolas de nieve se ven preciosas cuando las apilamos, pero al recibir en la cara un golpe de una podría dejar un ojo morado.

Hermanita, cuando vayas a conocer la nieve, ¿me llevaras?

No estoy segura. – Un abrazo, un beso en la mejilla, cálidos y buenos, no como los de ella

Quiero conocer la nieve, como el humano que lucha por conseguir conocer la muerte, cada vez que dormimos es como si muriésemos, y temerle a algo que se le conoce tan bien, es como mi desesperado deseo (profundo y probablemente irrealizable) de comprender el lado oscuro de la belleza, porque el rencor que siento contra su ejemplo vivo me impide hacerlo. La nieve es inerte y no me gritara cuando le diga:

“Que fría eres”